

Sábado, 7 de enero de 2017
“La verdadera oración”

1 Jn 5, 14-21

En esto está la confianza que tenemos en él: en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en lo que le pedimos, sabemos que tenemos conseguido lo que hayamos pedido. Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pida y le dará vida - a los que cometan pecados que no son de muerte pues hay un pecado que es de muerte, por el cual no digo que pida. Toda iniquidad es pecado, pero hay pecado que no es de muerte. Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle. Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna. Hijos míos, guardaos de los ídolos...

Cuando pedimos algo que agrada a Dios y que corresponde a su voluntad, podemos estar seguros de ser escuchados.

También hacemos a veces peticiones en las que más bien expresamos delante de Dios nuestros propios deseos, que no necesariamente están acorde a la voluntad de Dios. Pero aún estas peticiones Dios sabrá utilizarlas de algún modo. En cambio, cuando en mi oración estoy unido a su voluntad, entonces ya he sido escuchado, nos dice el texto de hoy.

Existen oraciones en las que resulta muy sencillo reconocer que corresponden a la voluntad de Dios. Me refiero, por ejemplo, a las oraciones en las que pedimos de corazón por la salvación de otras personas, pues sabemos que Dios quiere que todos se salven. O cuando pedimos que nosotros mismos podamos crecer en el amor, en la humildad, en las virtudes. Estas oraciones siempre serán escuchadas, pues corresponden a la voluntad de Dios.

Es un maravilloso intercambio con Dios cuando pedimos lo correcto. Al vivir en este diálogo con Dios, podemos también reconocer cada vez mejor el camino que Dios ha dispuesto para nuestra vida y seguirlo.

Quien pide humildad, pide lo correcto. Quien pide crecimiento en el amor, pide lo correcto. Quien pide que Dios nos conduzca a todos hacia la verdad, pedimos lo correcto. Quien pide que también el mundo sea llevado a la verdad, pide lo correcto. Quien pide que su prójimo reconozca a Dios, pide lo correcto. Podríamos enumerar en este sentido un sinnúmero de peticiones... ¡y todas ellas serán escuchadas!

Muchas veces no podemos reconocer la manera en que Dios cumple estas peticiones que le presentamos. Pero podemos estar seguros de que cada súplica sincera que le hacemos, cuando ésta corresponde a su voluntad, es escuchada. Por decirlo con mis palabras: esta petición encuentra un oído abierto en Dios.

El texto bíblico de hoy nos hace notar que el mundo yace en poder del Maligno. Si tenemos ojos para ver, solo podemos confirmar esta frase de San Juan. Existe tanto mal, tanta destrucción... Pensemos solamente en la gran tragedia de la humanidad actual: el aborto de millones de niños inocentes, que han sido llamados a la vida. Cuando vemos esto solo nos queda decir: sí, el mal está realmente presente, aun si se quiere ocultar bajo la apariencia del bien.

El Mal o, mejor dicho, el Maligno quiere apartarnos de Dios, quiere llevarnos a realizar actos en contra de Dios, quiere conducirnos a la desesperación, y muchas otras cosas... El poder del Maligno está presente en todo el mundo y el mundo se inclina hacia el mal.

Esto no significa de ningún modo que tengamos que sucumbir ante esta fuerza. ¡Por eso es tan importante que entremos en un combate espiritual!

Cuando el mal se nos acerca en la tentación, no siempre es fácil reconocerlo, más aún cuando la tentación se dirige a cristianos que se toman en serio el camino de seguimiento del Señor.

En un principio, el tentador procura distraernos de lo esencial, para que empecemos a ocuparnos de muchas cosas de poca importancia que nos roban

fuerza, que nos quitan el tiempo para la oración. Así, no teniendo ya tiempo para la oración, ya no podemos recibir las directrices de Dios y perdemos la pista. Si nuestra atención hacia Dios queda debilitada, entonces aparecen otras tentaciones. Se nos ofrecen alternativas que ocupen el tiempo que se tenía para Dios.

Para permanecer en la Palabra de Dios es necesario entrar en el combate espiritual. Tenemos que aprender a percibir con mucha fineza lo que ocurre en nuestro interior: ¿acaso estoy descuidando la centralidad de Dios? No se trata de un escrúpulo; más bien el estar atentos nos ayudará a ordenar las muchas cosas que se nos presentan teniendo a Dios en el centro. Así evitaremos convertirnos, en el peor de los casos, en esclavos de las circunstancias. Se trata de estar por encima de las propias ocupaciones, para ordenarlas en una correcta jerarquía.

Dios nos regaló el conocimiento, especialmente para reconocer a Dios como Él es en verdad, y para modelar nuestra vida acorde a esta verdad.

Vivimos por Él, por su Palabra, por la oración, por los sacramentos, por el servicio al prójimo. Pues Él es el Dios verdadero, y la vida verdadera se puede encontrar solo en Él, de quien recibimos la plenitud del conocimiento, de la verdad y del amor.

El texto termina advirtiéndonos que nos cuidemos de los ídolos. También hoy tenemos que enfrentarnos con ídolos, aunque ciertamente son distintos a los del tiempo en que se escribió esta carta. Pero, en efecto, todo aquello que se coloca en el lugar de Dios, todo aquello que compromete demasiado nuestra atención y nuestro corazón y nos aleja de Dios, eso se convierte en un ídolo.

Por eso tenemos que estar vigilantes. Si tenemos nuestro corazón anclado en Dios y Él está en el primer lugar, ¿quién nos podrá separar de Él?

También en este sentido podemos dirigirnos a Dios suplicándole, como habíamos meditado al inicio: „Señor, vela sobre nosotros, para que siempre te busquemos a Ti en primer lugar y todo lo demás sea solo añadidura“.